



# Capítulo 11

## Homenaje a Anna Maccagno

I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX



Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú  
Fondo Editorial 2003

Primera edición: enero de 2003

*Homenaje a Anna Maccagno.  
I Simposio sobre la escultura peruana del siglo XX*

Copyright © 2003 por el Fondo Editorial de la  
Pontificia Universidad Católica del Perú  
Plaza Francia 1164, Lima I  
Teléfono: 330-7410 / 330-7411  
Telefax: 330-7405  
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño gráfico: Fondo Editorial de la PUCP  
Impresión: Tarea Asociación Gráfica Educativa

Derechos reservados, prohibida la reproducción de  
este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 150105-2003-0258  
ISBN: 9972-42-524-X

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## Recuerdos

Hacía muchos años que el Profe Winternitz le había pedido a Anna Maccagno que se integrase a la Escuela de Artes Plásticas para acompañarlo en la enseñanza de formación artística.

Recién en el año 1965 Anna se decidía ingresar a la escuela como profesora.

Nosotros tuvimos la suerte de ingresar ese año y comenzamos a trabajar de acuerdo al método que aún continúa como base de los conocimientos para una formación integral. Luego de las figuras enmantadas y el estudio de la cabeza comenzamos con Anna, dos veces por semana, a realizar esculturas con los medios que en ese entonces utilizábamos: el yeso directo y el cemento. Luego se utilizaron planchitas de latón y alambre unidos con plomo cautil.

Ese año se exhibieron nuestras esculturas en el galpón y el patio trasero de la casa que era nuestro local en la avenida Arequipa.

Al siguiente año con mucho pesar del tesorero, nuestra Universidad dio autorización para comprar equipos de soldadura eléctrica y oxiacetilénica.

Acompañé a Anna a comprar una cizalla, un yunque y nuestras primeras sargentas.

Al trabajador Inocente Cuenca le había explicado como se prendía el soplete y con él comenzamos nuestras primeras prácticas. Recuerdo que un día antes del examen debíamos unir nuestras piezas y nos decidimos a probar la máquina eléctrica, con los electrodos al revés unimos como pudimos nuestras piezas y luego de las felicitaciones por las esculturas las piezas comenzaron a caerse por los carbones en vez de soldaduras.

Gracias a Lika Mutal y un miembro del servicio diplomático holandés que se interesaba por la escultura, se creó un curso especial para nosotros en el pabellón de soldadura del SENATI, auspiciado por Holanda.

Con Anna íbamos los cuatro por las noches hasta el SENATI. Ahí aprendimos a soldar bien, con un método más técnico. Luego organizamos nuestro taller de fierro fabricando nuestras mesas de soldar, armarios, grifas y cinceles.

Así comenzamos a hacer esculturas, con más ganas que fuerza, estimulados por Anna que siempre tuvo ojos para creer que cualquier idea podría realizarse aunque pareciera poco interesante.

Los alumnos de años superiores nos miraban con recelo y nos miraban trabajar en el patio. Los alumnos de los últimos años alababan nuestros trabajos.

Recuerdo las visitas al taller de Anna, modelaba en barro una enorme virgen para la iglesia de Jesús Obrero y también modelaba en resina sobre malla metálica el vía crucis para la iglesia de San Antonio de Padua.

Luego me pidió que trabajara con ella un mural que le había encargado el Banco Continental. Ahí íbamos descubriendo con el corte y la soldadura lo que el material nos respondía. Ella decía déjalo así, está bien. Recuerdo que para limpiarlo le echamos un ácido que después fue muy penoso quitarlo.

Con ella aprendí que cuando una idea de totalidad se podía tener la libertad y fantasía para encontrar y enriquecer los detalles, de respetar lo que el azar nos iba proporcionando.

Recuerdo que trabajábamos bajo una higuera y comíamos higos con galleta y conversábamos mucho. Ella tenía la capacidad de escuchar y se interesaba por todo.

Luego vino el traslado de la Escuela al Fundo Pando. Cartucho Miroquesada había hecho el planeamiento de las casetas prefabricadas.

Todos participamos en el traslado de nuestro mobiliario, todos trepados en los camiones con caballetes de pintura y escultura.

Asaltábamos cuanto jardín había para sembrar plantas, Anna había preparado estacas de álamos, lluvia de oro, flores. Poco a poco se fue transformando el frío lugar en un cálido ambiente para trabajar.

Usando un salón se hizo la cafetería. Nosotros construimos nuestra pérgola con vigas de madera, cañas y esteras. Los Mazza trajeron vides de Ica y Anna mandó hacer unas mesas rústicas con patas cruzadas unidas por pernos.

Julia compró en Surquillo sillas de madera torneada con asiento de paja y juntas escogieron una vajilla de cerámica pintada.

Durante el trabajo Anna preparaba deliciosos tallarines a la carbonara.

Pintamos el primer mural en la cafetería que era el lugar de conversación entre profesores y alumnos.

En el verano Anna y Emilio nos invitaban a su casa de campo en Puente Piedra. Habían construido un lindo lugar con eucaliptos y una linda casa de campo, a la manera de una villa romana.

Ellos eran unos excelentes anfitriones. Nos organizaban juegos de bochas, campeonatos de tiro.

Emilio tenía unos vinos italianos y preparaba excelentes pisco sours y Anna preparaba espaguetis con el mismo amor que cuando hacía escultura.

Tenía mucho amor por los animales. Recuerdo su perro Brutus que ganó varios campeonatos.

Pero si se caía un bichito en el vaso, lo sacaba y lo llevaba al jardín para que se repusiera.

Durante mi estadía en Inglaterra, al acabar mis estudios de post grado, viajé a Italia y tuve la suerte de encontrarme con Anna en Roma.

Recuerdo que me tapó los ojos con sus grandes manos, Cuando los abrí estaba en la Piazza Navona. Anonadado con la belleza del lugar y la compañía que te enseñaba a disfrutar de la belleza del lugar, de sus proporciones que hace que esté lleno de gente todo el tiempo. En cambio a San Pedro sólo los turistas y peregrinos.

Recuerdo caminatas por la vía Appia Antica, la Fossa Ardentina, los paseos por el Campo dei Fiore y la Piazza Farnese, donde estaba la casa donde había vivido, con una escalera diseñada por Bernini.

Recuerdo también el monumento de la Piazza Venezia y el EUR construido en tiempos de Mussolini, edificios gigantescos inspirados en el Colosseo. Es lo que no se debe hacer, decía Anna. Ahí la gente sólo va porque tiene que trabajar. En cambio la Piazza Spagna y la Fontana de Trevi siempre están llenas de gente disfrutando esos ambientes.

También fuimos al Consulado del Perú donde trabajaba como cónsul Joaquín Roca Rey. Ahí tenía su taller donde pasamos largas horas recordando el Perú y nuestros amigos en común.

Recuerdo que hicimos varias exposiciones en la Feria del Pacífico. Asimismo, una gran muestra de esculturas en el Olivar de San Isidro; también preparamos con ella un ciclo de películas sobre escultura, prestadas por diversas embajadas. La exposición que preparamos para la muestra en la UNESCO de París, otra en el Club Regatas. Luego los concursos de la Municipalidad de Lima y los de la Municipalidad de Miraflores, donde sobresalían los discípulos de Anna.

En la Primera Bienal se le hizo un homenaje con una recordada muestra de esculturas en la Plaza San Francisco y Convento de Santo Domingo. Recibió el reconocimiento de la Municipalidad de Lima.

También había recibido la Orden del Sol con el grado de Amauta, el más alto dado por el Ministerio de Educación.

Ahora le hacemos estos homenajes merecidos aunque nunca serán suficientes para agradecer a esta gran mujer, orientadora de vocaciones y modeladora de generaciones de artistas plásticos.

CÉSAR CAMPOS